



Título: El Café de Canterville 4 El Camino del Pozo
2018, Primera edición
Autor: Minerva Gallofré
Ilustraciones y diseño: Diego A. Bartolomé
Banda sonora: Daniel García Bardo
Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos
© Minerva Gallofré
© Diego A. Bartolomé
© Daniel García Bardo
© Editorial Tres Inviernos
ISBN: 978-84-949328-0-9
Depósito Legal: M-31205-2018
Impreso en España
www.editorialtresinviernos.com
Contacto: hola@editorialtresinviernos.com
Todos los derechos reservados

*Colección
Pulp-Winter*



El CAFÉ de CANTERVILLE

presenta...

El Camino del Pozo

por

Minerva Gallofré



TRES INVIERNOS

Descárgate gratis el tema musical de esta historia:



Enlace:

editorialtresinviernos.com/es/audios/el_camino_del_pozo



Para mis gatos.
Para los que están, para los
que se marcharon y para los que
faltan por venir.

Toc, toc.

—Vaya por Dios... Ya estamos otra vez —gruñó la señora Baker presando los labios con fastidio. De pronto, la discreta arruga que le colgaba bajo la nariz se ramificó hasta dar, por lo menos, una veintena de ellas, solo que tan finas como ojos de aguja.

Margaret, sin soltar el cucharón de madera, se asomó por encima de la barra del café, pero ninguna silueta de hombre o de mujer esperaba al otro lado de la cristalera turbia de la puerta, y ninguna sombra se proyectaba sobre el mural que anunciaba bombones de cereza ni bajo la lámpara de forja en la que se había fundido una bombilla. Ni las campanillas de la entrada habían

entrechocado. El caso es que no le sonó aquello al golpe que da una mano recia, adulta y curtida, o dura y anciana, moteada de manchas, surcada de venas y atestada de huesos. No, en absoluto. Aquel par de golpes, el que suele usarse para saber si uno puede entrar o no en un lugar, le sonó a manita pequeña, todavía tierna, sin desarrollar.

—¿Es que hay alguien que le viene siguiendo? —inquirió Margaret regresando a las cazuelas—. ¿Algún perrito, un gato callejero al que le echa sardinas?

Al agitar el cucharón chorreante, algunas gotas salpicaron la barra, y dos de ellas, inevitablemente, mancharon el bolso de cuero de la señora Baker.

Ella no se quejó. Solo alcanzó uno de los trapos de la camarera para limpiarlo. El líquido, lo que quiera que fuese, se pegaba más que el caramelo y aún echaba humo.

—Un ratoncillo, pensaba yo antes —farfulló, arrebujiándose la falda para subirse a un taburete. Se la había cosido ella misma, en terciopelo gris oscuro, y le había dado un corte victoriano. Ahora se le veía un poco el encaje negro de las medias. Eran unas piernas muy hermosas para una dama que había rebasado los cincuenta, incluso hombres más jóvenes las contemplaban si tenían la ocasión. Y la señora Baker, por qué no decirlo, se sentía orgullosa—. Todas las mañanas, a las nueve y cuarto,

todas, sin fallar una sola, me hace lo mismo en la mesita del taller, ¿sabes cuál? Donde dejo el costurero. —Margaret asintió. Conocía la casa de su clienta porque solía pedirle que le cosiera los delantales. También le encargaba algunas camisas—. Pues ahí. No pasa un solo día sin que escuche su toctoc.

—Entonces, ¿no es un ratón? —Margaret removió dos veces más el sirope de azahar y miel. Sacó con los dedos una pepita de limón que flotaba y, después, lo retiró del fuego—. ¿Ha comprobado que no sea carcinoma?

—¿Carcoma? No, hija, no. Ojalá fuera carcinoma, o un ratón, como tú dices. Pero entonces la mesita haría ruido todo el tiempo, no solo a las nueve y cuarto.

Un bizcocho de huevo y almendra reposaba en una lata fría, justo debajo de donde se colgaban por el asa las tazas de cerámica. Margaret lo roció con el sirope, despacio, como quien riega a una semilla desvalida acabada de germinar, y la masa se esponjó todavía más, emanando un penetrante perfume oriental de color naranja. Hinojo, canela, anís... Sabría delicioso al enfriarse, pasada media hora.

—¿Es que ya nunca haces vino caliente, de ese que te sale tan bueno? —le preguntó la señora Baker, cerrando los ojos para aspirar aquellos vapores especiados.

—Ya sabe que solo lo preparo una vez al año.

—Sí, la noche de muertos... A ver si este que llevo pegado a las botas se bebe una taza y se queda aquí, en tu casa.

Margaret se rio. La señora Baker era una mujer de carácter. Lo había sido toda su vida, aunque el grado que le había regalado la madurez había acentuado todavía más su firmeza. También la había vuelto, si cabe, más elegante. Pañuelo de seda al cuello, abrigo de cheviot... Era la modista del pueblo, aunque trabajaba para la gente selecta de la gran ciudad. Entre sus manos y su aguja nacían trajes de caballero, vestidos de novia y hasta sombreros si se los pedían, pues trabajó en una sombrerería de prestigio cuando ape-

nas tenía catorce años. Con los retales que le sobraban de telas que costaban más que su casa por entero, se vestía a sí misma, y con lo que le pagaban, se compraba perfume y sortijas. Aunque, quienes la conocían de antaño, sabían que no siempre fue así, sino que en su niñez mordió el hambre con el descon-suelo de quien no tiene ni para pan duro, que heredaba los zapatos gastados de sus vecinos y que jugaba a tirar piedras al pozo viejo.

—Quedan tres semanas para el día treinta y uno —sugirió Margaret. Puso a remojo el cazo vacío y, movida por ese instinto que jamás la engañaba, ignoró a la cafetera, al bote de flores de manzanilla, a la botella de coñac.